

SAN BONIFACIO, OBISPO Y MÁRTIR

Día 5 de junio

P. Juan Croisset, S.J.

San Bonifacio, obispo de Maguncia, y mártir, llamado con razón el apóstol de Alemania, fue inglés, y tuvo por nombre Winfrido. Nació por los años de 680, en el pequeño pueblo de Kirton, condado de Devohire, y sus padres, que eran muy piadosos, le criaron con el mayor cuidado en el santo temor de Dios, aunque en esto tuvieron poco que hacer, por su bellissimo natural.

Llegaron á predicar en Kirton unos misioneros evangélicos, qué se hospedaron en casa de su padre, y el niño Winfrido se aprovechó admirablemente de esta ocasión que le ofrecía la Divina Providencia. Oyóles decir que para ser santo era menester negarse á si mismo y seguir á Jesucristo, que la vida religiosa era el camino más seguro para salvarse, y que el mundo era un mar tempestuoso, lleno de escollos y de peligros.

Apenas se retiraron los misioneros, cuando Winfrido pidió licencia á su padre para entrar en un monasterio. Sorprendióle mucho la proposición; y, como amaba á Winfrido más que á los otros hijos, se opuso á su intento, y le mandó que no dejase la casa de sus padres. Obedeció el santo niño, pero Dios tomó á su cargo el cumplimiento de su vocación. Envió una grave enfermedad á su padre, y, persuadido éste de que era justo castigo por su resistencia á la piadosa resolución de su hijo, se decidió que uno de sus parientes le llevase á presentar en el monasterio de Encantraste.

Luego que el abad Wolfando vio y reconoció, aquel aire modesto y apacible, aquel natural vivo é ingenuo, aquel entendimiento ya formado, y aquella virtud como anticipada, se sintió movido á recibirle. Concluidas las pruebas del noviciado, y habiéndose observado en él grandes talentos para las ciencias, se tuvo por conveniente enviarle al monasterio de Nuscella. Allí encontró un excelente director para la virtud y un hábil maestro para las ciencias en la persona del abad Wimberto.

Siendo ya uno de los más santos y más sabios hombres de su siglo, le encargaron que enseñase la gramática, la poesía, la retórica, la historia y la filosofía á los monjes, á quienes explicó también la Sagrada Escritura en los sentidos literal, moral y místico. Por su mérito sobresaliente, y por su no menos singular virtud, fue juzgado digno de ser promovido al sacerdocio; y, ordenado de presbítero á los treinta años de su edad, comenzó á trabajar en la salvación de las almas. Estaba escondido este tesoro en la provincia de Winchester, cuando la Divina Providencia le manifestó á toda Inglaterra cuando menos se pensaba. Habiéndose juntado los obispos en el país de Westfer, donde reinaba el religioso príncipe Ina, tuvieron necesidad de diputar un eclesiástico á su metropolitano el arzobispo de Conturbel. Propusieron los abades para esta diputación al presbítero Winfrido; y, aprobada por el Sínodo la elección, desempeñó su comisión con tanto acierto, que en adelante fue siempre llamado á todos los sínodos.

Sobresaltóse su humildad con esta señal de distinción, y resolvió mudar de país, yendo á trabajar en la conversión de los gentiles á tierras donde no fuese conocido. Al principio se opusieron á este intentó su abad y los demás monjes; pero después le dieron dos religiosos para que le acompañasen en todos sus viajes.

Habiendo dejado las costas de Inglaterra, donde no hizo especial fruto su predicación, se fijó en las de Frisia por los años de 715 y no habiendo podido lograr tampoco cosa alguna, se vio precisado á volverse á Inglaterra y restituirse á su monasterio de Nuscella. Llegó á tiempo que acababa de morir el abad Wimberto, y no hubo en qué deliberar para nombrar á nuestro Santo por sucesor suyo; pero renunció en manos de Daniel, obispo de Winchester, luego que halló el prelado un sujeto capaz de gobernar el monasterio.

Descargado ya de este peso, determinó ir en derechura á Roma, para echarse á los pies del Papa y pedirle le señalase su misión.

Declaró al Papa el deseo que tenia de dedicarse enteramente á la conversión de los infieles; aprobósele mucho Su Santidad, y, dándole todas las facultades y poderes necesarios para su misión, escribió á todos los príncipes que podían favorecer y contribuir á las empresas de su apostólico celo. Con estas facultades salió de Roma el año de 719 y, entrando en Alemania por la Lombardía, se encaminó derechamente á Turingia, después á Frisia y al país de Hesse, consiguiendo en poco tiempo ver á todos estos países convertidos á la fe.

Resonaba por todas partes la fama de tantas maravillas, y, llegando á los oídos del Papa, quiso tener el consuelo de ver otra vez al nuevo apóstol. Obedeció, y partió á Roma después de haber dado providencia en las necesidades espirituales de aquella nueva cristiandad, y el mismo Papa le consagró por obispo el día de San Andrés de 723, mudándole el nombre de Winfrido en el de Bonifacio.

Colmado de honras y de bendiciones de Su Santidad, regresó el nuevo obispo á su amada misión,

donde trabajó con todo el poder que le daba la dignidad episcopal. Después que vio tan floreciente la religión cristiana en el país de Hesse y en Sajonia, hizo otro viaje á Turingia, donde en poco tiempo volvió á despertar en todos el espíritu de verdadera virtud; y dejando en ella celosos predicadores, fue á llevar la luz de la fe al ducado de Baviera. Desterró de él á un pernicioso ministro del demonio, llamado Eremwulfo, que, mezclando mil supersticiones gentílicas con algunos ritos y ceremonias cristianas, inficionaba el país llenándole de groserísimos errores.

Por asuntos de las iglesias se vio precisado á volver tercera vez á Roma en el año de 738, y fue recibido del papa Gregorio III, aun con mayores demostraciones de amor y de estimación que de su predecesor. Quiso Su Santidad que asistiese á un concilio que había convocado, y, después de haberle resuelto algunas dudas sobre diferentes puntos de disciplina por lo tocante á Alemania, le dio licencia para que volviese á continuar su apostólica misión.

Tomó el camino derecho de Baviera, donde el duque Odilon le había invitado, y donde sólo había un obispo, llamado Vivilón, enviado por Gregorio III después de las conversiones que Bonifacio había hecho. Aumentado el rebaño, fue menester aumentar también el número de pastores; y usando Bonifacio de la potestad que le había dado el Sumo Pontífice, erigió otros tres obispados, escogiendo por capitales las ciudades de Salzborg, Frisinga y Ratisbona. En la bula en que el Papa confirma la erección de estos tres obispados, entre otras cosas nombra á nuestro Santo Legado *a latere* de la Silla Apostólica, y le exhorta á que no fije su residencia en algún lugar determinado, sino que visite y corra toda la Alemania, llevando por toda ella la fe de Jesucristo.

No podía el Papa mandarle cosa más de su gusto. Corrió todo aquel vasto país con infinitos trabajos, pero con, un fruto muy correspondiente á la inmensa dilatación de su celo. Erigió otros cuatro obispados: uno en Erfurd, para la Turingia; el segundo en Buraburg, para el Hesse, el que después se trasladó á Paderborn; el tercero en Eichstat, para la Baviera; y el cuarto en Wurtzburg, para la Franconia. Poco después convocó un concilio, en el cual se formaron cánones muy útiles para la reforma de las costumbres y para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica.

Convocó después otros dos concilios: uno en Esnes, en el obispado de Cambray, el año 744, y otro el año siguiente en Soissons, de donde parece inferirse que también era Legado de la Silla Apostólica en Francia.

La guerra que en todas partes declaraba al vicio y á la herejía fue causa de que padeciese muchas persecuciones, particularmente por parte de algunos eclesiásticos relajados.

Pero los graves negocios de su legacía no sirvieron de estorbo á los trabajos de su apostolado. Llamó á las santas Tecla, Lioba, Valbuivga, Vertigita y Contrudis, á quienes encargó el gobierno de los monasterios de vírgenes, fundados ya por Bonifacio en Turingia, en Baviera, en Chisinga y en otras partes. A sus saludables consejos se atribuyen los grandes progresos que hizo en la virtud el príncipe Carlo Magno. Era tan grande la fama de la santidad de Bonifacio, que, siendo reconocido por rey de los franceses Pipino, hermano segundo de Carlo Magno, quiso ser consagrado por nuestro Santo, como lo ejecutó, celebrándose en Soissons esta augusta ceremonia.

Hasta aquí San Bonifacio, como Legado de la Silla

Apostólica, en ninguna parte había fijado su residencia; pero, habiendo vacado en este tiempo la Silla episcopal de Maguncia, el papa Zacarías le obligó á aceptar esta Iglesia; pero pronto renunció esta dignidad en su discípulo San Lulo, y partió para la Frisia septentrional, acompañado de San Eobán, obispo de Utrecht, de tres presbíteros, tres diáconos y de cuatro monjes, los cuales todos le ayudaron con tanta celo y con tanta felicidad, que luego que llegó convirtió muchos millares de personas.

Después que bautizó un gran número de ellas la vigilia de Pentecostés, señaló un día de la semana para conferir á todas el sacramento de la Confirmación; y, por ser tantos, determinó administrarle en el campo. Los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver abatidos sus templos en todas partes, juntando una tropa de gentiles, vinieron á echarse, sobre los santos misioneros con espadas desnudas. Viendo el Santo cumplidos sus fervorosos deseos, se hincó de rodillas, y, levantando los ojos y las manos al Cielo, rindió mil gracias al Señor por la merced que le hacía de que terminase sus trabajos apostólicos con la corona del martirio. Volviéndose después á sus amados compañeros, los exhortó á dar generosamente su sangre por la fe de Jesucristo. No le dejaron los bárbaros pasar más adelante, y, arrojándose sobre él, le quitaron la vida á cuchilladas, juntamente con el obispo Eobán, con los tres presbíteros, los tres diáconos, los cuatro monjes y más de cuarenta personas de los fieles que estaban ya dentro de la tienda. Así consiguió San Bonifacio, apóstol de Alemania, la corona del martirio, con otros cincuenta y dos compañeros, el día 5 de Junio del año 754 ó 55, á los setenta y cinco de su edad, treinta y seis de su obispado y á los cuarenta de su entrada en Alemania. Su santo cuerpo fue conducido á Utrecht; de allí, dentro de poco tiempo, fue trasladado á Maguncia, y en fin á Fulda, por San Lulo, obispo, como lo

había deseado el mismo Santo. Con él fueron también traídos los libros que tenía consigo; y los gentiles, después de muerto, los habían arrojado por aquellos campos, conservándose todavía tres de ellos el día de hoy: uno contiene los cánones del Nuevo Testamento; otro, que aun se ve teñido con la sangre del santo mártir, es la carta de San León á Teodoro, obispo de Frejus, con algunas otras obras de los santos Padres; y el tercero, que se cree ser de la mano del mismo San Bonifacio, es un libro de los Evangelios. Las cartas de San Bonifacio, así á los papas como á los príncipes, que recogió y publicó el P. Serario, muestran su gran talento y su fervoroso Celo por la salvación de las almas y reforma de las costumbres, no menos que su profunda humildad y la delicadeza de su purísima conciencia.

SAN SANCHO, MÁRTIR DE CÓRDOBA

Dos días después que padeció el monje San Isaac, un ilustre mancebo, llamado Sancho, discípulo de San Eulogio, dio la vida gloriosamente por la misma causa. Fue llevado cautivo á Córdoba, con otros muchos cristianos, y, habiendo conseguido á poco tiempo su libertad, fue admitido en el palacio del Rey. Pero esta dichosa suerte no alteró en lo más mínimo los piadosos sentimientos de Sancho. Entregóse á la enseñanza de San Eulogio, é instruido por tan célebre maestro en todas las verdades esenciales de nuestra fe, y en el heroísmo con que se acreditan, deseaba Sancho con vivas ansias que se le presentase ocasión oportuna de dar al mundo pruebas públicas de la firmeza de su fe, abonada con la pureza de sus costumbres. No nos dice San Eulogio el motivo que obligó al ilustre joven para hacer la pública confesión de la religión que profesaba; pero es lo cierto que la ejecutó renunciando con admirable desinterés el sueldo y los gajes reales.

En vista de su confesión, determinaron los magistrados privar á Sancho de lo que él ya había renunciado, esperando que los padecimientos y la miseria serían bastantes para que abjurase lo que públicamente confesara. Pero viendo los jueces que no sucedía así, y que el insigne confesor continuaba con inalterable constancia predicando á Jesucristo, le condenaron á muerte, y cumpliósse tan injusta sentencia el día 5 de Junio del año 851. No satisfechos los bárbaros con aquel castigo, pusieron el venerable cadáver en un palo á la vista de la ciudad, junto al de San Isaac, los cuales, **juntamente con los de San Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Abencioy, Jeremías, que fueron dos días después sacrificados al furor de los mahometanos,** los quemaron y echaron sus cenizas en el Guadalquivir. El año de 1613, el doctor D. Jerónimo González, canónigo penitenciario de Jaén, dotó una solemne fiesta á San Sancho, que se, celebra aún en nuestros días en aquella santa iglesia.

La Misa es del común de mártir y pontífice, y la oración la siguiente:

iOh Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado mártir y pontífice Bonifacio! Concédenos que también nos regocijemos con la protección de aquel cuyo nacimiento al Cielo celebramos. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del cap. 1 de la segunda del apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, para que podamos también nosotros consolar á los que están en cualquiera aflicción, por el mismo

consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así también por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para Vuestro consuelo; ó ya seamos exhortados, es para vuestra instrucción y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos también nosotros; para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habéis sido participantes de las aflicciones, lo seréis también de la consolación en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones. Si en el servicio de Dios hay muchos trabajos, también hay muchos consuelos; éstos se hallan aun en lo mismo que se padece; y cuando Dios nos consuela, perdió toda su amargura la tribulación. Verdaderamente es digno de admiración que muchos no acierten a concebir cómo puede hacerse exquisitamente dulce lo más amargó y más áspero que se encuentra en su servicio; al mismo tiempo que los esclavos del mundo encuentran no sé qué fantasma de gustó en sus mayores trabajos, aunque los que padecen por servirle sean incomparablemente mayores que los que se experimentan en el servicio de Dios. Recorre con el pensamiento todos los estados del mundo; ninguno hallarás que no sea una insufrible esclavitud para los que se hallan en él; y en medio de eso todavía se quiere persuadir que sólo es penoso el camino de la perfección, la vida ajustada y el ejercicio de la virtud. ¡insigne extravagancia! De donde es precisó concluir, que así como en el mando sólo se sustenta la imaginación de quimeras, así el entendimiento no acierta á discurrir sino

desbarros, fundados en sus disparatadas preocupaciones. Siendo esto así, no hay que admirar que reinen en él el desorden y el error.

El Evangelio es del cap. 14 de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno viene á Mi, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de Mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, después de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? Ó ¿qué rey, debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACIÓN

De los motivos que tenemos para trabajar incesantemente en el negocio de nuestra salvación.

PUNTO PRIMERO.—Considera cuánto hizo Dios por nuestra salvación. Podía parecer que su felicidad dependía de la nuestra, según lo afanado, por decirlo así, y lo ocupado que se muestra en solicitarnos nuestra bienaventuranza. Admiran las menudencias á que desciende Jesucristo en todas las lecciones que nos da en

su sagrado Evangelio, singularmente en el de este día; penetra su sentido y pondera bien todas las palabras.

Habiendo criado Dios al hombre libre, haciéndole dueño de su corazón, ¿qué no hizo y qué no hace para que voluntariamente se le entregue? Se le pide, se le solicita, se le aprieta, sirviéndose, ya de promesas, ya de amenazas; nada se omite para ganársele. Pero a, qué fin tanto empeño, tanto apuro? Es porque pende de nosotros solos el perdernos, y Dios desea apasionadamente nuestra salvación.

En este mismo punto hay en el Infierno millones de millones de almas rabiosas y desesperadas por no haber hecho lo que todavía puedo hacer yo; y yo mismo rabiare y me desesperare con ellas si no lo hubiere hecho. ¿Qué otro motivo es menester para trabajar en esto incesantemente y sin intermisión? Todos queremos levantar la gran fábrica de nuestra salvación, sin echar la cuenta del coste que nos ha de tener. ¡ Oh qué imprudencia! San Bonifacio, y todos los demás Santos, ¿no hicieron más que lo que hacemos nosotros para salvarse? ¿Estarían hoy en el Cielo si no hubiesen hecho más? Dios mío, ¡ qué materia ésta para grandes reflexiones!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que todas las cosas nos son motivo para trabajar en nuestra salvación; todas nos persuaden que debemos trabajar en ella incesantemente, sin descanso y sin levantar la mano de la labor. La multitud de los estorbos, la frecuencia de los peligros, la inconstancia de nuestro corazón, la ligereza de nuestro ánimo, la velocidad del tiempo, el corto número de nuestros días, la brevedad de la vida; todo nos clama, todo nos predica que no tenemos negocio más importante que el de la salvación; que ninguno pide más aplicación ni más celo, y ninguno sufre menos dilación.

Hemos dilatado hasta ahora el atender á este negocio; confesamos que nada ó casi nada hemos trabajado en él, no obstante los grandes motivos que hemos tenido para hacerlo, y en medio de que muchas veces lo hemos resuelto y aun proyectado.

Gracias á Dios, aun nos hallamos en estado de poder trabajar en ella. Estamos seguros de que éste es el tiempo, y de que Dios nos brinda ahora con su gracia para hacerlo; la prueba son estas mismas reflexiones que hacemos y este mismo dictamen que formamos. ¿Quién nos ha dicho que no sea éste aquel importante momento de que pende nuestra predestinación? Estoy seguro de que, con el auxilio de la divina gracia, puedo al presente asegurar mi salvación eterna por medio de una sincera conversión; tengo grande motivo, por lo menos, para dudar que, si ahora no me convierto, no me hallaré en estado de convertirme jamás. ¡Y tengo valor para diferirlo ni por un solo momento!

Señor, ¿si será esto porque Vos no hicisteis todavía bastante para salvarme, y porque fuese menester buscar razones en otra parte para formar una justa idea de lo que vale mi alma? Avergüénzome sólo de pensarlo. Aquí, Señor, de vuestra gracia, porque estoy muy resuelto á no dilatar ni Un solo instante mi sincera conversión.

JACULATORIAS

No, Señor; no desampararé el propósito que hago de trabajar continuamente en mi salvación.—*Job. ,27.*

Comencé, Señor, desde hoy á guardar vuestra divina ley con fidelidad; no me confundáis, y dadme el don de la perseverancia.— *Ps. 118.*

PROPÓSITOS

1. Poca razón y aun poca religión es menester para convenir fácilmente en la importancia de la salvación, en los poderosos motivos que tenemos para trabajar en ella sin dilación, y en la insigne locura de los que dilatan este espinoso negocio para la hora de la, muerte. Pero ¿de qué servirá esta confesión? Después que tu mismo has condenado así tu insensibilidad en el punto de la salvación, como tu cobardía y tu grande indiferencia, ¿qué fruto has sacado de todas las reflexiones que has hecho sobre tus desórdenes pasados, sobre el dictamen que formas al presente, y sobre los justos temores que te sobresaltan acerca de tu futuro destino? ¿Es posible que siempre te has de contentar con desaprobarte tu conducta, sin pasar á reformarla? Comienza desde hoy á poner manos á la obra. Convencido ya del inestimable precio de tu alma, por lo mucho que ha costado, nada digas, nada hagas, nada emprendas, sin considerar primero si será ó no será en perjuicio suyo.

2. Los propósitos generales, por lo común, de nada ó de poco sirven; en orden á los actos de virtud, se ha de descender á cosas particulares. Determina, pues, ciertos ejercicios espirituales, que hayas de hacer puramente por el motivo de tu salvación; v. gr., una confesión, una comunión extraordinaria; visitar los enfermos en los hospitales; alguna limosna á pobres vergonzantes, una visita de atención; algún obsequio á aquella persona ó personas de quienes estás quejoso ú ofendido, que no son tus amigos; una visita al Santísimo Sacramento, y otros semejantes.